

## Etnia Tumpi (hoy Tumbes)

Recibido: 07/03/2016

Aprobado: 15/04/2016

**Waldemar Espinoza Soriano**  
Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
< waldemar\_espinozas@hotmail.com >

### RESUMEN

Señorío de habla tallán ubicado en el extremo norte del espacio costero del imperio Chimar. Pervivía gracias al caudaloso y permanente río de su nombre que baja de Loja. Su clima caluroso permitía la reproducción incluso de caimanes (lagartos). Sus habitantes dedicados a la agricultura y pesca muy activa en el mar, también consagraban gran parte de su vida a la confección de varios estilos de embarcaciones, la más común de ellas las balsas de madera *Ochroma* que, con timón, anclas y velamen favorecía la navegación a largas distancias, como es a Chincha y playas del oeste de Panamá. Así intercambiaban caracolas *Strombus Galeatus* con bronce, oro, telas y otros objetos andinos.

**PALABRAS CLAVE:** Litoral, río, mar, pesca, balsas, intercambios, caracolas, oro, bronce.

## Tumpi ethnicity (today Tumbes)

### ABSTRACT

Tallán Manor speaks located at the northern end of the coastal space CHIMAR empire. Pervivía thanks to permanent river flowing and your name down Loja. His hot weather allowed reproduction even caimans (alligators). Its inhabitants engaged in agriculture and very active sea fishing, also devoted much of his life to making various styles of boats, the most common of them the wooden rafts *Ochroma* that, rudder, an chor and sail favored navigation over long distances, as is to Chincha and beaches of western Panama *Strombus conch shells* and exchanged So *Galeatus* with bronze, gold, fabrics and other Andean objects.

**KEYWORDS:** Coastline, river, sea, fishing, rafts, exchanges, shells, gold, bronze.

### Tumbes (Tumpi. Pariña. La Solana)

**T**umbes, valle principal con un río caudaloso en el extremo sur del golfo de Guayaquil que constituye el banco de Payana; frente al que emerge el estero del Tumbes al norte de Capón, lo más septentrional del grupo Tembleque. El extremo sur de la bahía llega hasta la punta de Malpelo, baja y cubierta de árboles decorativos que parecen emerger del mar. Es zona donde no llueve ni truena ni jamás caen rayos, a diferencia de los territorios Chono, Huancavilca y La Punà al norte. Está en Los Llanos o costa, de arena muerta en partes y en otras con tierra tiesa, donde solo caen lluvias en las épocas del Fenómeno del Niño. El río desciende de la sierra, originado por los aguaceros y nevados que allí existían, sus aguas fertilizan las parcelas con admirable frescura de árboles frutales, maizales que cogen en todo el año sin esperar estaciones especiales para ello. No obstante la inestabilidad de su desembocadura, con épocas de hasta siete estuarios y/o esteros, ingresaba no pocas balsas convirtiéndolo en vía fluvial entre el mar y la llacta tumbesina y a veces mucho más arriba. Tráfico que fue abandonado pausadamente por los españoles. En las cabeceras de esta costa de Tumbes, como en otras de Los Llanos, sembraban y cosechaban dos veces por año (Oré 1598: 28-28v). Juntamente con La Solana y Pariña, es «otra provincia» dice Pedro Pizarro (1571: 161), cronista que, por igual, llama «valle» a Pariñas (p. VI-25). Punta Pariñas quedaba entre Cabo Blanco y valle de Pariñas, a cuatro leguas del puerto de Paita (López de V. 1574: 448).

El río Tumbes, que nace en el espacio de Palta y desfoga en el mar, es navegable gracias a su caudal crecido en la estación de aguaceros serranos. Para franquearlo de una orilla a otra hacían uso de balsas de madera *Ochroma*, tan grandes que, por los sitios más apropiados, los hispanos pudieron trasladar hasta 40 caballos y 80 soldados de a pie en cada cual (Jerez 1534: 323).

Eran balsas manejadas a remo, timón y velamen. Es muy torrencioso desde fines de la primavera hasta las postrimerías del verano, portándose, con mansedumbre en los meses restantes. Le pertenecían las playas de Zorritos, Bocapán, Máncora, Puntasal, Malpaso y Puerto Pizarro. Tierra adentro le correspondía Pampa Grande, El Pedregal, El Bebedero, La Playa, isla de Palosanto y Ríoviejo, rumbo a La Camagua. Además del Tumbes, en los meses de aguas aparecen en su área los ríos temporales de Zarumilla y Máncora. El clima dominante es caluroso, que, aunque debilitante no es

malsano. El frío es de mayo a diciembre, período en que no llueve. Pero el desierto es enervante, aun en la cadena de cerros de Amotape, que cruza su territorio. La escasez de agua de ríos es evidente, pero las obras de ingeniería hidráulica la tenía copada de vegetación, merced a que por sus pampas corrían admirables acueductos y derivaciones de agua trabajadas por los centenares de miles de hombres laboriosos mediante el sistema de mincas. Hubo muchos cientos de leguas cuadradas con cultivos de papas, piñas, maíz, yucas, zapallos, algodón, papayas; aparte de muchos productos de caza y pesca, ya que su litoral es de los más óptimos en especies ictiológicas, en especial lisas y róbalos, además de ostras y langostinos. En su valle abundaban los árboles típicos de algarrobo formando bosques que les permitía obtener leña y carbón vegetal. Por lo restante, en la provincia llueve torrencialmente del mes de enero a abril y mucho más cuando se presenta el intermitentemente *Fenómeno del Niño*, llamado así por iniciarse en Navidad. Casi en todo su espacio brotaban mantos de brea, que sus habitantes apenas le daban aplicación en soldar ollas rotas y matar piojos. Sincrónicamente el paludismo y el reumatismo eran los males comunes (cf Stiglich 1918: 450-451).

Los de Colán, entre Tangará y Chimú, tenían ganado, leña, preparaban andas para el transporte de gente noble, cultivaban grandes y verdes sementeras, con muchas acequias de regadío (Cieza 1554b: 23-180).

Del río, a 15 leguas hasta la isla de Lobos, Tumbes se extendía por la costa hasta Caboblanco, al sudeste. Por ahí la punta de Pariñas, se mete al mar como un clavo. De la punta vuelve la costa sudeste hasta Paita. Toda carece de montañas o cordilleras, y si hay algunos cerros son de rocas y peñas peladas. Lo demás son arenales con el único río de Tumbes que siempre arrastra aguas (Cieza 1553: 358).

Desde tumbes y demás comarcas citadas para el sureste (conocido como «parte de Arriba») la totalidad es desierto, una fogosa sequedad, en la cual, parece increíble, vivía una infinita multitud de gente gracias a que, de las estribaciones occidentales de los Andes, se derraman quebradas, arroyos y ríos caudalosos durante las temporadas de aguaceros cordilleranos que —unidos al guano de islas— hacen grandes y fértiles a los valles con abundancia de cultivos y cosechas de productos para la vida. La principal riqueza de esta gente era el algodón y el maíz, con ellos hombres y mujeres se daban por bien estimados y felices (Cabello 1586: 193, 235). La población era abundante, ya no faltaban



unidades domésticas para habitar las tierras como en los antiguos tiempos, en que nadie hizo caso al reparto de parcelas; aunque por entonces era el revés: faltaban terrenos para que habitasen los seres humanos, causa por la que les fue forzoso conocer su chacra o pago de tierra para sembrar —cosa que jamás hubo entre sus antepasados—. Tenían muy introducido el conocimiento de lo que son las heredades y «tierras propias en usufructo», al extremo que, los puntos más remotos donde hubiera humedad, fue ocupado por más ríscoso que hubiera sido. En cuanto a la costa por más abrasador que hubiese alumbrado el sol, jamás nadie lo tuvo en cuenta, siempre que tuviese riego, para repartirla dejándole al «dueño» usufructuario. Todo lo cultivable lo ocupaban palmo a palmo, nada de ello quedaba que pudiese ser llamado baldío. La integridad estaba repartida y sembrada, lo que les motivaba mucho contento por sentirse «señores y poseedores» de ellas, infinidad de veces sin tener más aprovechamiento que el nombre de ser suyas. Tales eran sus costumbres e inclinaciones. Lo mismo hay que decir de las lagunas, manantiales, riachuelos y ríos, todos tenían dueños colectivos y «propios» constituidos por ayllus o comunidades, en cuya defensa cada grupo tomaba parte, dando motivo a duras pependencias, riñas y muertes con derramamiento de sangre (Ibid: 221, 235). El peor enemigo de estos agricultores era el espantoso «diluvio» en los finales de los meses de marzo, en que caían intermitentemente después de algunos lustros y/o décadas de tranquilidad, como el tremendo Niño de 1577 que dejó al norte tan destrozado que, en 1586, aún no estaba recuperado del todo (Ibid: 224, 235). Dos leguas al sur de Solana se situaba el valle de Piura (Cieza 1553: 412).

De Tumbes a Lima, el camino real, de cuando en cuando ofrecía pozos de agua estancada llamados *ja-güeyes* (El Palentino 1571 a. 1: 160), que calmaba la sed de las bestias de carga y aún de los caminantes. De Tumbes salía un camino rumbo a Palta (Cieza de León 1554b: 226).

Entre los habitantes de las playas de Tumbes y Tullan, como los de Colán y Sechura, con bosques y manglares, vivían pescadores que permanecían envueltos de pies a cabeza con el color gris. Costras de fango se adherían a sus brazos y rostro, sin importarles el lodo ni la humedad que se impregnaba en sus viejas camisetas. Tenían experiencia para descubrir los rastros frescos de cangrejos machos y luego, de ser detectados, enfrascarse en una paciente y mortal lucha para extraerlos de sus guaridas. No es tarea fácil. También sacaban conchas

negras. Con los años de práctica quedaban listos para este trabajo en que debían respirar durante horas el fuerte olor de azufre que emana de los magles. Recién entonces podían —y pueden— enfrentarse a los cangrejos de grandes tenazas que, en sus abrigos, se resisten a no dejarse llevar a un menú tumbesino. Lo que sorprende es que aprendían a distinguir los rastros de los cangrejos machos (por ser sus patas más pronunciadas que las de las hembras, por la gran tenaza que poseen), sabían diferenciar sus hoyos —también más grandes—; tenían paciencia para hacerles la guardia, se ejercitaban en ser pacientes hasta que respirasen formando burbujitas de aire en las entradas de sus escondites para, en ese instante, hurgar en sus hoyos muy rápido, tratando de cogerlos cuidándose de sus tenazas. En suma, una labor que hace perder mucha energía diariamente. Ser cangrejero es diferente a ser conchero; aunque ambos son personas ejemplares que vivían —y viven— cerca de los manglares. Cuando descansaban, les placía compartir sus vivencias. La experiencia de estos habitantes era incomparable en un territorio gobernado por miles de pequeños cangrejos que se hunden en sus escondites apenas sienten la presencia de las personas que allí se aventuraban. El agua tibia y un viento acariciador da al cuerpo gratas sensaciones, difíciles de explicar.

En segundo lugar, veamos algo más acerca de su ecología. En su valle acaba la tierra seca y comienza la de lluvias. La provincia de Tumbes es el lindero o raya de los aguaceros, los que caen hasta allí sin pasar al sur. En la banda septentrional del distrito corre desde el mar una cuchilla y loma baja hacia tierra-adentro, para atajar los Llanos y dividir la costa yunga. Se observa esta notable diferencia desde la vertiente y ladera que mira al norte, que es yunga con árboles y aguavientos torrenciales acompañados de truenos y rayos, peculiares del litoral ecuatoriano. La otra vertiente y ladera, que desciende rumbo al sur, conforma los Llanos secos, pelados, sin arboleda, ni hierba y sin tormentas, aunque cortado por más de 50 ríos que conforman los valles del litoral. Allí, en efecto, empiezan los Llanos o arenales desérticos hasta dar en el valle de Copiapó: inicio del reino de Chile, donde se reinician otra vez las lluvias hasta Tierra del Fuego (Cobo 1653, II: 82).

Sin embargo, son valles suficientes para nutrir a millones de seres humanos y a muchas manadas de camélidos (Cieza 1554b: 258).

Desde el río Tumbes, aguas arriba no se veían muchos lagartos por causa de ser tierra más templada, pues son amigos del calor, bien que lo más veraz es porque

el río corre con más furia impidiendo su crianza, por cuanto los lugares de su refugio son los rebalses. Es que en Tumbes si hay algunas sierras o cerros pelados, carentes de vegetación (Zárate 1555: 567 / López de V. 1574: 448).

Un cronista temprano da a entender que los de la costa norte se dividían en tres sociedades y no precisamente en tres etnias; que a unos llamaban Yungas, a otros Tallán y al tercero Mochica (Zárate 1555: 467). Dato nebuloso e incompleto, pues Yunga es el gentilicio de las zonas calientes y de sus habitantes en general. En el informe anterior, por lo tanto, lo único valedero son las referencias a los tallanes y mochicas, los primeros de la actual costa piurana y los segundos del moderno departamento de Lambayeque y costa trujillana. Zárate, no se sabe por qué, dejó de mencionar a los tumbesinos.

La leyenda, pues, atribuía origen extranjero a los fundadores de la etnia Tumbes. Refiere el relato que un cacique llamado Tumbe tuvo dos hijos, el mayor de ellos Quitumbe, que ocupó la zona de Tumbes. Varias narraciones cuentan la llegada de caudillos y señores venidos de la «parte suprema» del Perú, o sea, del sur. Tumbes, por lo tanto, fue un señorío creado de manera semejante al de Lambayeque y Chimú (Ibíd.: 23-24).

Se establecieron en lo que ahora es el departamento de Tumbes. Su asentamiento principal lo tuvieron en el actualmente llamado *Cabeza de Huaca*, a 10 msnm (hoy distrito de Corrales), que lo convirtieron en su principal núcleo de desarrollo, ya que allí se conservan los vestigios que indican haber sido el principal centro taller de *Spondylus*. Está a cuatro kilómetros de la moderna ciudad de San Nicolás de Tumbes, que data de 1572. Y aunque participaban de los mismos elementos culturales que los tallanes, huancavilcas y chonos, constituían una unidad política independiente. Por lo tanto, sus pachacas o parcialidades estaban regidas por un curaca mayor poligínico, del cual dependían otros secundarios, casi todos con despegue desde las desembocaduras del río hasta el interior de éste que conformaba un valle de aguas permanentes, rodeados de una flora subtropical que favorecía la agricultura y abundancia de plantas perennes y de animales como el caimán, aparte de aves acuáticas y terrestres. En ambas bandas del valle se veía bastante cantidad de pueblos o aldeas. La azotaban lluvias de enero a abril, por lo que el resto del año lo que queda fuera del valle es un desierto. Precisamente el control de las aguas de regadío por medio de canales y compuertas obligaba a man-

tener la primacía de un gobierno centralizado. Otras actividades que los caracterizaban eran la pesca y la navegación para llevar a cabo sus propósitos comerciales y guerreros. También tallaban con regusto figurillas en valvas de ostra de la variedad *Spondylus pictorum*. Supieron asimismo, construir edificios de adobe modelo fortalezas para defenderse de sus enemigos los punaños.

Hoy sabemos que en la costa hubo sociedades que abarcaron un solo valle y hasta menos territorio; a diferencia de otros Estados regionales o señoríos y reinos que controlaron hasta diez y más valles —como el Chimú o Chimor mientras duró su apogeo imperial antes de los incas—. En todo caso lo ejercían desde la desembocadura de los ríos hasta la parte media de los mismos, sin deseos de escalar la sierra en pos de conquistas y anexiones, por cuanto las cuevas y alturas les provocaba ahogos por la falta de suficiente oxígeno. La razón de la existencia de tales señoríos y/o reinos en los valles de la costa lo determinaba la importancia del riego, cuyas aguas bajan de las cumbres del este, sobre todo en las temporadas de verano en los meses de diciembre a abril, excepto algunos como el Chira al que nunca le falta líquido. Los canales de regadío necesitaban jefaturas sólidas y administradores capaces de imponer el orden, pues no se trataba simplemente de un aprovechamiento a nivel solitario de ayllus o aldeas. Las acequias demandaban mantenimiento y limpieza ceremonial y colectiva por lo menos una vez por año; el reparto social y económico del agua implicaba minuciosidad en la medición y métodos para resolver reclamos continuos y retos a las equivalencias (Mendizábal 1971).

En el extremo norte del que fue *imperio* Chimor, muy al sur de la desembocadura del río Guayas, mirando al enorme golfo de Guayaquil y al norte del ámbito Tallán, se encontraba el señorío de Tumbes, con un valle de excelentes y buenas tierras agrícolas. El Tumbes, justamente, cae al Pacífico desparramándose por varias bocas, algunas llamadas esteros por estar detrás y entre colinas bajas, todas igual que las tierras continentales, por lo que permanecían bastante pobladas.

Al llegar las buenas y abundantes aguas del río grande y caudaloso de Tumbes a la costa y playa, penetra en una mar brava por los muchos tumbos y olas, unas tras otras, que cotidianamente explotan en su boca, después de recorrer más de media legua desde el mar. Eso dificultaba la entrada de las balsas, con peligro de perderse (Lizárraga 1605: 490).



El río Tumbes, de manera semejante al Chira o Marcahuillca, es abundante, solo vadeable en tiempos de gran seca en Los Llanos, mientras en la sierra, donde se origina, caen lluvias copiosas. Por eso, en dicha estación, lo navegaban y atravesaban en balsas. Ambos nacen en la cordillera (Céspedes 1586: 229).

Pese a todo lo dicho, apartados de su valle, la comarcas de esta provincia se componían de arenales sequísimos y estériles por llover solo algunas veces, y esto en los lugares más cercanos a las sierra, ya que en las playas, próxima al mar, no cae gota alguna, por eso es el valle el que permanecía muy habitado y cultivado, en mérito a una malla bien trazada de acequias para distribuir las aguas sacadas del río para humedecer todo lo posible. Cogían mucho maíz y lo demás que urgían para su alimentación, aparte de frutas muy agradables (Cieza 1553: 412).

Algo importante es que en las épocas del Intermedio Tardío y Horizonte Tardío la presencia de camélidos fue bastante corriente en la costa los 12 meses del año, incluso donde el calor es constante y fuerte, como en Tumbes y Poechos (Piura), Lambayeque, Saña, Chicama, Jequetepeque, valle de Moche (hoy Santa Catalina-Trujillo), Virú, Casma, Ancón, Pachacamac, Huarco, Chíncha, Ica, Acarí, Moquegua, Zama y Tacna. En lo que toca a Tumbes las referencias son muy antiguas (Sámano-Xerez: 1526 / Estete 1534 / La Gama 1540 / Ruiz 1543). Los empleaban como animales para sacrificar a sus divinidades y cual bestias de carga, en lo primordial para el transporte de caracolas marinas de un valle a otro del litoral, como se puede ver en la iconografía de la cerámica muchic. También utilizaban su carne, cueros, huesos, sangre y estiércol, el último para abono.

Por consiguiente el área de Tumbes abrazaba cardinalmente arenales, salvo las riberas de su río y de sus playas. Comprendía lo que en el siglo XIX conformaban los distritos de Tumbes, Corrales, San Juan de la Virgen y Zarumilla, cada cual configurados por varios lugares, haciendas y caseríos sobre todo en las veras del río de aguas permanentes y en las caletas de sus playas (Fuentes 1878: 590).

Comprendía las parcialidades –huarangas?– de Pariñas, Máncora y Cosegra (Anónimo 1548: 265). Valle vecino al de los tallanes, ambos compartían muchos elementos culturales. En Tumbes los palacetes de los caciques se componían de muros de adobes decorados con muchos colores, finamente pintados y barnizados con preciosura. Pero sus techumbres de dos aguas las

hacían con paja seca, tan excelentemente dispuesta que, a la luz solar, daba la apariencia de oro muy fuerte, muy grande y hermoso. Realmente mostraban habilidad como fabricantes de adobes, de curiosa coloración azul y roja. (Enríquez de Guzmán 1547: 145).

Ya Jerez, en 1534 (:323), dio a entender implícitamente que el valle de Tumbes conformaba una provincia gobernada por un señor o curaca mayor que tenía bajo su mando a otros caciques menores o principales. Ruiz de Arce manifiesta que Tumbes poseía un señor propio bajo cuya dirección corría el comando de muchas balsas. Tumbes gozaba igualmente de su embarcadero y desembarcadero (puerto) en la desembocadura de su río. Su puerto era abierto y de playa brava, por lo que los españoles dejaron de usarlo, para sustituirlo por el de Paita, de inmejorables condiciones para los barcos hispanos (López de V. 1574: 443). La navegación normal de La Puná a Tumbes demoraba tres días (Jerez 1534: 323).

De todas maneras las balsas podían ser remadas corriente arriba hasta aportar al pueblo de Tumbes (Ibid: 91). Pero es Cieza de León (1553: 412) y Pedro Pizarro (1571: 161) quienes escriben de manera expresa: Tumbes «es otra provincia». A la boca principal de su río la ubicaban a 4 grados al sur de la equinoccial y a 25 leguas al sureste de la isla de La Puná, con cuyos pobladores sostenían guerras, los primeros para expansionarse y los otros en defensa de su independencia.

Realmente competían los unos con los otros, dando motivo a muchas choques bélicos con sus batallas recurrentes y mortandades consiguientes (Cieza 1553: 357-358).

En el tercer viaje de Pizarro, cuando éste ya tenía fundada y establecida la ciudad de San Miguel de Tangará, por sugerencias suyas salieron los tumbesinos con una flota de más de 800 balsas llenas de alimentos, a recibir a otros españoles que se aproximaban (Cieza: 1554b: 258).

El valle alimentado por tan hermoso río estaba muy poblado (Cieza 1553: 412), algo plano en la parte costera y de muchos cerros cuatro leguas adentro, ambos sectores con poquísimas lluvias, salvo en las temporadas del Niño, pero con suficientes acequias para regar sus maizales. Como en toda buena tierra abundaban los frutales, en especial las guayabas y plantas alimenticias, aparte de algún ganado de llamas y alpacas; igualmente infinidad de patos, vizcachas, faisanes y pavas del monte. En cuanto a minerales no le faltaba oro y plata (Ruiz 1543: 92 / F. de Oviedo 1557, V: 99). Pre-





facilidad. En los esteros hacían uso de estacas y de redes de fibra de cabuya en sitios abiertos. En el sistema de estacadas, clavaban palos secos casi unidos, a manera de canales. También empleaban atarrayas, flechas, arpones confeccionados de madera con puntas de cobre y dientes, cordeles con anzuelos de metal rojizo, de hueso y madera fuerte, uno con ángulos y otros acodados, de tamaño grande, mediano y chico. Por cierto que preferían anzuelos y redes. La balsa de troncos les permitía pescar en alta mar, de preferencia *lisas y tollos*. Tampoco desechaban a los moluscos (conchas, ostras) y crustáceos (camarones, langostinos y cangrejos). Estos productos, unas veces frescos y otros deshidratados y salados los intercambiaban con distintos artículos en el interior del mismo valle de Tumbes y aún más lejos, en la sierra Cañari y Palta. (Cieza 1553) dejó escrito al respecto: «Los indios de Tumbes eran grandes pescadores y que con los productos extraídos del mar, los empleaban en provecho propio y en comerciar con los vecinos, especialmente con la sierra, produciéndoles muy buenas ganancias».

«Tienen estos indios naturales de Tumbes, grandes pesquerías de que les viene grande provecho, porque con ellos y con los que más contratan [son] con los de la sierra». «Le producía a los indios tumbesinos bastantes beneficios, pues con el comercio que tenían principalmente con la sierra han sido siempre ricos». Cada parcialidad de pescadores conocida su área marítima de trabajo. Además, gracias al conocimientos que tenían de las corrientes marinas, llevaban a efecto navegaciones de altura a larga distancia para intercambiar productos nativos con diversas variedades de caracolas, que gozaban de mucha demanda en el especio andino, Desde luego que constituían técnicas eficaces y de alto desarrollo inherentes a todos los habitantes de las playas de Tallán a Huancavilca.

Lo más abundante de la gente habitaba en pueblos a casi cuatro leguas río arriba. Los pescadores paraban y trabajaban en las playas. Los que no vivían de la agricultura ni de la pesca practicaban el oficio de la orfebrería; muchos labraban la chaquira con tanta finura como los de la isla de La Puná, y aun mejor. Para llegar al éxito, el artesano tumbesino se tendía de vientre, largo a largo sobre un banquillo tan alongado como él, verdaderamente a un jeme —una cuarta— del suelo. La cabeza y brazos fuera del banquillo. Expandía una manta para poner encima sus instrumentos (Lizárraga 1605: 490-491). Chaquira es el nombre dado al grano de *aljófara*: abalorio de conchas *Spóndylus* muy dilacera-

das o menudas, finamente horadadas para ensartarlas, que lucían eminentemente las mujeres andinas, exhibían apariencia de perlitas de figura irregular, a diferencia de las verdaderas perlas grandes y redondas. La producción de chaquira en Tumbes figura en la tasa tributaria de 1561: «seis libras de chaquira, de la manera y suerte que la soléis dar» (AGI. Contaduría 1536).

En arquitectura hacían techos de dos aguas sobre paredes de adobes no cocidos de barro, tierra apisonada, cañas, juncos, totora, palos de huarango, mostrando un modelo regional propio.

Sus vestidos exteriorizaban el típico modelo andino: mantas y camisetas, con adornos colocado en sus cabezas, consistente en una redonda tela de lana para unos y de oro y plata para otros, de seguro de acuerdo al rango de los grupos; cosa que otros lo suplían con cuentas muy menudas de chaquiras (Cieza 1553: 412). A similitud de los de La Puná, traían sus cabellos hasta un poco más abajo que las orejas (Pizarro 1571: V-20). Los tumbesinos se caracterizaban por su belicosidad y cuerpos fornidos (Lizárraga 1605: 490).

El ropaje de los varones guardaba parecido con el de los habitantes de La Puná y Manta, es decir, camisetas y pañicos de algodón (especie de calzoncillos usados por los pescadores y agricultores que, al trabajar, preferían la desnudez, sin faltar los que, por pudicia, se ponían envolturas parecidas a los sudarios de las efigies de Cristo crucificado. Tanto los de Manta como los de La Puná y Tumbes traían en sus cabezas unos tocados como cedacillos. Los varones llevaban camisetas hasta la rodilla, y encima sus mantas. Los hombres principales o ricos lucían cintos tejidos de chaquira de oro y plata de cuatro dedos, muy ceñidos al ras de la piel junto a sus caderas, realmente les ajustaba todo el cuerpo. Llevaban sus vestidos encima en tal manera que tapaba todo. Algunas mujeres ostentaban lo mismo; pero lo que distinguía a estas es que las exhibían en las muñecas y piernas, arriba del tobillo. Las mujeres vestían unos trajes talares que les rozaba los pies a manera de lobs, ceñidos que parecían frailes, a modo de una saca grande con los cogujones abiertos para sacar los brazos; por el centro emergía la cabeza. Tal atuendo funcionaba 30 leguas a la redonda, hasta el comienzo de la sierra. Además, muchas mujeres tumbesinas se mostraban muy hermosas y galanas, vestidas a su usanza. Cuando se interesaban por un varón para tomarlo como compañero o pareja, con franqueza les invitaban a quedarse con una de ellas (F. de Oviedo 1557, V: 100 / Zárate 1555: 466-457 / Pizarro 1571 16-19, 75-176).

Es una realidad sugerente el que tres naciones políticamente independientes una de otras (Huancavilca, La Puná y Tumbes), hayan usado el mismo modelo de vestimenta. Podría ser indicio de que en centurias precedentes pudieron tener un origen y desarrollo común, pero que al separarse cada cual conformó un Estado libre, prosiguiendo sin alterar las costumbres que los unificó socialmente alguna vez. En lo único que se diferenciaban los tumbesinos de las otras etnias costeñas es en su divisa y tocado.

Al cabello lo traían cortado un poco más abajo de las orejas; se ponían un pillu redondo, parecido a guirnalda, hecho de lana, aunque algunos de oro y plata, o de las cuentecillas muy menudas llamadas chaquiras (F. de Oviedo 1557: V- 100 / Zárate 1551: [29]: 466-467 / Pizarro 1571: 172). Los curacas daban acogida a truhanes o bufones, chocarreros, cantores y bailadores, siempre listos para producirles solaz y contento. Por lo tanto, llevaban una vida regalona y sensual. Practicaban la libre homosexualidad, sin restricciones morales ni legales (Garcilaso 1609, IX: 336).

Además, los habitantes de La Puná y Tumbes gozaban de celebridad por su espíritu combatiente. Los guerreros de Tumbes, como los otros del ámbito andino, a sus enemigos prisioneros los mataban cortándoles las cabezas por el cuello (Pizarro 1571:18, 20). De seguro manejando mandobles, es decir, macanas.

Sus jefes o curacas antes de que fuesen conquistados por los Chimor y Chimus e incluso con anterioridad al arribo de los incas, eran acatados y temidos y, por lo tanto, obedecidos por sus súbditos sin chistar, mucho más que los señores de ciertas etnias colindantes. Así lo admiten todos los cronistas. La vida pública de esos señores transcurría en medio de espectaculares ceremonias; en misiones especiales se hacían acompañar por un séquito de algunos principales (Jerez 1534: 323 / Cieza 1553: 412);

Si los Tumbes conformaban una etnia autónoma, o de repente configuraban parte de la Tallán es una temática que quizo ser sometida a discusión por cierto antropólogo, quien manifestó no estar demostrado. Reforzó su tesis citando a Sarmiento de Gamboa, el que escribe que cuando Atahualpa estaba en Huamachuco le alcanzaron dos mensajeros tallanes enviados por los curacas de Paita y Tumbes (1572: 273). Lo que no avala que Tumbes y Piura hayan constituido una sola unidad étnica. Aquí lo obvio es que ambas etnias estaban bajo la administración de un solo totricoc o gobernador incaico. Por lo restante, hay que tener en

cuenta que antes de los Incas, la totalidad de la costa norte estuvo bajo el dominio del imperio Chimú, que iba a ser desvertebrado por los cuscos.

En fin, Tumbes comprendía un apreciable *capac-curacazgo* con sus rasgos característicos: organización económica, política, militar, social y religiosa. Practicaban la navegación en troncos de *Ochroma*; asimismo la agricultura de alto desarrollo, arquitectura de adobe crudo, orfebrería, escultura y alfarería. Los pescadores aparecían robustos por practicar a diario el ejercicio de la natación y arrastre de pesadas redes y el impulso a remo de sus balsas que, desde luego, también hacían uso de velamen.

Recibió influencia de las sociedades meridionales del Ecuador. Según la relación del obispo Corne hay que aceptar que los primeros en invadirlos y conquistarlos fueron los chimus, cuando a éstos los gobernaba el rey Minchancaman, con los cuales tuvieron contactos, por ejemplo imitaron la alfarería negra vía trueque por ser de prestigio, para darle uso en contextos domésticos y funerarios. Lo auténtico es que hasta ahora no se ha descubierto ningún asentamiento urbano Chimu en el valle de Tumbes.

Hablaban de preferencia la legua tallán y otras como la pescadora. La tallán, era entendida en Piura, isla de La Puná, Huancavilca y Chono, lo que indica que pertenecían a un mismo tronco lingüístico primitivo.

En cuanto a religión y creencias tenían sus divinidades a las que sus sacerdotes dedicaban sacrificios al igual que los manteños y huancavilcas. Verdaderamente inmolaban seres humanos, a cuyos cadáveres comían con fines estrictamente mágico-religiosos (Ruiz 1543: 91 / Cieza 1553: 412).

Para la conquista imperial de los tumbesinos, Huayna Capac se parapetó en el valle de Sullana, cercano a Tumbes. De allí envió los requerimientos acostumbrados. Posteriormente de consultar con su oráculo, no osaron resistir al sapa inca temerosos de su inconmensurable poder, lo recibieron como a su señor. Lo mismo respondieron otros valles y naciones de tierra adentro: Chunana, Chontuy, Collonche, Yaguall, etc. (Garcilaso 1609, IX: 336).

Este soberano y los que lo secundaban, fundaron un asentamiento urbano administrativo con su respectivo aposento real, templo solar con vajilla de oro y plata, una gran plaza con su ushno, aclahuasi con 200 trabajadoras principales y vírgenes que preparaban tejidos de cumplí y chicha para el templo solar y el



Estado, jardín con plantas vaciadas de metales preciosos, almacenes, tambos, callancas, una sólida fortaleza para guarnición de los mitmas y demás construcciones peculiares de una llacta o cabecera provincial. La trazaron en la banda derecha del Tumbes, en el lugar denominado ahora *Cabeza de Vaca*; sus bosques cercanos le daban la imagen de montaña (Ibid: 336 / Pérez Saavedra 1996 y 2004). Quedó, pues, erigida en cabecera de provincia, con un orejón como totricoc (Oliva 1631: 89-90).

La fortaleza de Tumbes fue circundada por seis o siete cercas, mientras su templo solar mostraba muchas planchas de oro y plata consagradas al Sol (López de V. 1574: 448). Hubo edificios con cimientos de piedra; para entrar a uno de ellos con la finalidad de hablar con la más alta autoridad había que cruzar por tres puertas con porteros para vigilarlas. Se servían con vasos de metales preciosos (Cieza 1554b: 175).

La integridad rodeada de una población rica, que la habían convertido en una de las llantas más señaladas del Imperio, hasta que los punaneños la invadieron y destruyeron (Zárate 1555, cap II: 464).

La fortaleza de Tumbes y los lugares circunvecinos a ella albergaba 300 tributarios, o mejor dicho, 300 unidades domésticas que totalizaban más de 1.500 habitantes (F. de Oviedo 1557, V: 107).

Realmente se trataba de una llacta imperial de más de 1.000 casas que cumplía funciones administrativas. En el segundo viaje de descubrimiento capitaneado por Pizarro, les admiró poderosamente que este asentamiento tuviera una «casa fuerte» o fortaleza de puro estilo incaico, con su respectiva guarnición militar a cargo de docenas de mitmas, toda muy bien trabajada y pulida de preciosa arquitectura que deslumbró a los primeros españoles que la reconocieron: tenía cinco puertas de entrada antes de llegar a los aposentos del interior. De pórtico en pórtico se contaban más de 100 pasos. La circundaban muchas cercas de adobe y tapias laboradas manualmente. En su interior cobijaba varios aposentos, con sus muros pintados. En el medio se abría una plaza de buen tamaño. Más adelante se levantaban otros aposentos con su respectivo patio. En el centro de este espacio estaba un jardín con una fuente de agua surtida con vasos comunicantes. Toda una arquitectura hecha por decisión de Huayna Capac (Ruiz 1543: 93 / *cfr.* Segovia 1552: 142). Junto a éste vieron el templo solar de excelente manufactura, indiscutiblemente monumental y artístico, por fuera y dentro pintado con grandes paneles y extraordinarios matices de colores, señal evidente que caía dentro de los dominios del Tahuantinsuyo. Por lo tanto, allí también comenzaron a ver camélidos —llamas—, al-

gunas de las cuales regalaron a Pizarro, quien las llevó en sus navíos a Panamá y a España durante su segundo viaje. Un cronista asegura que en Tumbes comenzaba con certeza el dominio de los Incas en la costa norte, las etnias de La Puná a Temumpalla solamente pagaban sus *parias* a los incas (Estete 1535: 10,11, 20).

Aparte de lo contado líneas atrás, Huayna Capac durante una visita por la costa norte recibió de regalo un puma y un jaguar, a los que envió para ser cuidados en la fortaleza de Tumbes (Garcilaso 1609: 340).

La tierra de los tumbes fue la primera del Tahuantinsuyo que conocieron los españoles al mando de Francisco Pizarro en 1527, quienes la encontraron muy poblada de habitantes. Por entonces su curaca mayor o principal tenía por nombre Chilimasa; en misiones especiales se hacía acompañar por un séquito de algunos principales (Jerez 1534: 323).

Ante el arribo de los españoles en el segundo viaje explorativo, al verlos sonrosados, barbados y otras trazas de ropa, se alarmaron. Los tumbesinos, con su curaca, se imaginaron que se trataba de mensajeros del dios mayor andino: Wiracuchan. Acordaron recibirlos y hospedarlos. Les enviaron hasta 12 balsas repletas de comidas y frutas, cántaros de agua y chicha, y hasta pescado y un cordero que las acllas del templo solar dieron para llevarles. Entre ambos se intercambiaron regalos. Uno de los extranjeros hizo el consabido requerimiento de rendición y obediencia a Carlos V. En el grupo de la comitiva iba un orejón salido de la guarnición incaica que allí paraba. El noble cusqueño se dio cuenta que los cristianos eran gente de razón; de lo cual envió relación a Huayna Capac que estaba en Quito (Cieza 1554b: 173-174).

Los primeros españoles que la vieron quedaron impresionados de sus grandezas increíbles, sobre todo el templo solar y su fortaleza; todo en medio de gran orden y concierto (Cabello 1586: 403).

Al acercarse Pizarro a las playas de Tumbes, envió adelante a tres españoles con algunos naturales en una balsa para solicitar entrada pacífica. Los de Tumbes los recibieron con muestras de aparente tranquilidad, ya que luego los capturaron y entregaron a sus sacerdotes para sacrificarlos al Sol, cuyo ídolo lo tenían en su *huaca*, sitio sagrado llamado así porque los fieles entraban gimiendo a realizar sus ritos, un lloriqueo que no tenía nada de compasión sino por la costumbre de lagrimear delante de sus dioses. *Huaca* es justamente sollozo y plañimiento (López de Gómara 1552: 227).

Los primeros cristianos que se aproximaron a la fortaleza, entraron por la puerta principal. El tottricoc o gobernador mandó soltar a dos jaguares, presuntamente feroces, que tenían enjaulados para que matasen a ese par de españoles que bajaron a reconocerla. No les causaron ningún mal; por el contrario, mansos y amigablemente se acercaron a ellos halagándoles con el meneo de las colas y las cabeza bajas. La población de Tumbes se maravilló al ver esto. Entonces el tottricoc se allegó a los hispanos para hablarles por señas, les mostró las riquezas existentes; volvieron a su navío contentos y alegres (Gutiérrez SC 1550: III: 220).

Efectivamente, los hispanos del segundo viaje encontraron en La Puná a un orejón del Cusco. Estaba allí como tottricoc o gobernador del sapaínca Huayna Capac para administrar la amplia jurisdicción de Manta (Puerto Viejo), la isla Puná y Tumbes, funcionario que desapareció inmediatamente del arribo de los cristianos (Pizarro 1571: V-18). Lo que anuncia que aun en los tiempos de Atahualpa las etnias Manta (o tal vez Huancavilca), la Puná y Tumbes conformaban un periférico *huño* o demarcación mayor con un gobernador estatal en Tumbes.

El citado tottricoc o gobernador procedente del Cusco, durante el segundo viaje, traía los lóbulos de sus orejas horadadas —en la parte en que las mujeres se ponen los zarcillos o aretes— y encajadas en ellos unos zoquetillos de madera arracadas (pedazo de madera gruesa y corta por lo regular ajustado en lo preciso, usados como pendientes cual gala y adorno). Su conducta era cortesana como criado en los aposentos incas, y entre sus cometidos figuraba el de espiar para informar a Huayna Capac, residente en Quito (López de C, 1630, I: 27). Por las orejeras de madera que usaba, se descubre que se trata de un inca de privilegio perteneciente a la etnia Rimactampu (Limatambo), al oeste del Cusco (Garcilaso 1609: IV - 135).

Ya en el tercer y definitivo viaje, Francisco Pizarro y sus huestes encontraron allí un asentamiento urbano al que unos lo titularon «pueblo» y otros «ciudad». Pero cuando se produjo el definitivo arribo de los españoles, la llacta de Tumbes estaba asolada, mejor dicho, destruida por obra y gracia de los punaneños, opositores acérrimos de los tumbesinos, a quienes querían vencerlos para capturar su valle (*cf.* Jerez 1534: 323).

Por otro lado, no todos los sapa incas pero si Atahualpa incubaba mucho desdén contra los habitantes de Manta (Puerto Viejo) y Tumbes. Cuando en cierta ocasión Pedro Pizarro le interrogó en Cajamarca, acer-



ca de una tela más fina que la seda de su regio vestido, le informó estar tejido con el muy sutil pelo de murciélagos que los tributarios de aquellas dos etnias le contribuían desde el tiempo de Huayna Capac, a los cuales les llamó despectivamente «perros» (Pizarro 1571: 67-68), lo que a su turno evidencia que aquellos cuadrúpedos eran subestimados. En efecto así ocurría, como lo confirman las palabras de Manco Inca ante el mal trato que experimentó en el Cusco por parte de Gonzalo Pizarro, uno de los hermanos de Francisco (Tito Casi Yupanqui 1570: 45, 51, 62).

La capitulación de Toledo —26 de julio de 1529— y autores contemporáneos le llaman «ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia del Pirú», lo que anuncia su grandeza y solemnidad, pues a Almagro le otorgaron «la tenencia de la ciudad de Tumbes», o sea, el cargo de teniente. A un hijo de Bartolomé Ruiz lo hicieron «escribano del número y del concejo de la dicha ciudad de Tumbes» (López de C.1630; I: 27, 30, 32,33) Ya se dijo que tenía edificios imponentes y cercados, sobre todo una a manera de fortaleza con muros ciegos de tierra, con sus patios, aposentos y puertas para sus defensas. Albergaba poco ganado, pero si muchas chacras y acequias (Cieza 1554b: 175). Todo ello mostraba que Tumbes constituía una buena llacta, de gran importancia y muy excelente cosa. Pero la guerra con los de La Puná que acabó con el triunfo de éstos y la destrucción del asentamiento urbano, se vio acosada por una epidemia que acabó de desmantelarla. Solo quedó un curaca, los demás estaban desaparecidos. Por eso Pizarro, pronto de su arribo definitivo, la desocupó enseguida para trotar en pos de otra «provincia» que le brindara ventajas para fundar una ciudad de españoles con suficientes encomiendas (F. de Oviedo 1557, V: 34, 35).

Su curaca principal, el referido Chilimasa, el que fue liberado por Pizarro en la Puná, si bien al inicio aparentó pasividad, lo cierto es que sus subalternos tumbesinos querían resistir con su curaca a la cabeza. Con astucia simulaban amistad con los españoles, los llevaron para aposentarlos. Aunque, lo que planeaban es sacarles los ojos y aún vivos cortarles los miembros y meter sus cuerpos dentro de ollas de agua hirviente, donde acabaran de morir (Cieza 1554b: 222, 223, 224). Salió al encuentro de Pizarro con mucha gente armada por estar enterado de lo que acababan de hacer en La Puná. Hubo un sangriento combate, donde fueron vencidos los tumbesinos con muerte a granel. Al perder el acometimiento, fugaron; además Pizarro ordenó ajusticiar a los presuntos autores de la muerte

de los dos soldados que dejó allí en el segundo viaje. Enseguida pasaron a la fortaleza para saquear las riquezas que hallaran, botín que fue repartido hermanablemente entre oficiales y soldados, sin preterir los quintos tocantes al rey; lo que alegró demasiado a los conquistadores. Capturaron a los jaguares que hallaron enjaulados, mantenidos con carne humana de los prisioneros que agarraban en las batallas y de otras carnes de animales cazados para sacrificarlos al Sol. Los soltaron para ver si causaban algún mal; como se portaron con domesticidad y mansedumbre les dieron libertad, internándose por los bosques sin ser vistos nunca más (Gutiérrez SC 1550, III: 222).

Como se advierte, Pizarro al final se tomó la revancha de la forma más severa, hizo matar a cientos y cautivó a otros, bien que los más se salvaron refugiados en las ciénagas. Después de mucho trajinar, Chilemasa salió clamando paz, hasta celebrar un pacto colaboracionista hispano-tumbesino (Cieza 1554b: 225).

Los edificios incaicos de Tumbes ya estaban derruidos en 1550 (Cieza 1553: 358), debido al abandono inmediato que hicieron sus habitantes, todos foráneos —mitmas—, una vez destruido el Tahuantinsuyo.

### Bibliografía especializada

- AGI. Contaduría 1536
- ANÓNIMOS DE PIURA (1548). «Relación de los repartimientos de la ciudad de San Miguel», *Los repartos*. Lima
- CABELLO BALBOA, Miguel. [1586] 1951 *Miscelánea antártica. Una Historia del Perú antiguo*. Buenos Aires - Lima.
- CESPEDES, (?). (1586) 1897. Relación de la ciudad de San Miguel de Piura. RGI: II: 225 - 242.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro de. 1553. *Parte primera de la crónica del Perú*. Sevilla. Con privilegio real. Cieza 1554b: 173 - 258.
- COBO, Bernabé. (1653) 1964. *Historia del Nuevo Mundo*. BAE. Dos volúmenes. Madrid. El Palentino 1571a. 1: 160
- ENRÍQUEZ DE GUZMÁN, Alonso. (1547) 1960. *Libro de la vida y costumbres de Don...*; BAE. Madrid
- ESTETE, Miguel de. 1535. «Noticia del Perú». CLDRHP. Tomo VIII ,2da. Serie. Lima.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO 1557 Historia general y natural de Las Indias. V. BAE Madrd 1959. 100 / Zárate 1555: 466-457 / Pizarro 1571 16-19, 75-176).
- FUENTES, Atanasio 1878: *Resumen del censo general de habitantes del Perú*. Lima.

- GARCILASO DE LA VEGA, Inca. 1963 [1609]. Primera parte de los comentarios reales de los incas. BAE. Madrid.
- GUTIÉRREZ DE SANTA CLARA, Pedro. [1550] 1963. *Quincenarios o historia de las guerras civiles del Perú (1544-1548) y de otros sucesos de Las Indias*. BAE. Madrid. PÉREZ SAAVEDRA 1996 y 2004 Los tumpis. Tumbes.
- LIZÁRRAGA, Reginaldo de. [1605] 1909. *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de La Plata y Chile*. NBAE. 15. Madrid.
- LÓPEZ DE CARAVANTES, Francisco. [1630] 1986. *Noticias del Perú*. BAE. Madrid. 1985.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco. [1552] 1946. *Hispania Victrix*. Primera y segunda parte de la historia general de Las Indias. BAE. Madrid.
- LOPEZ DE VELASCO, Juan. [1574] 1894. *Geografía y descripción universal de Las Indias*. Madrid. Establecimiento Tipografía de Fortanet. 1894. Mendizábal 1971.
- Oliva, Anello. [1631]. 1895. *Historia del reino y provincias del Perú, de sus incas reyes, descubrimiento y conquista por los españoles de la corona de Castilla con otras singularidades concernientes a la historia*. Lima.
- ORÉ, Luis Jerónimo de. 1598. *Symbolo catholico indiano*, en el qual se declaran los misterios de la Fé contenidos en los tres Symbolos Catholicos, Apostólico, Niceno, y de S. Athanasio [...] Impreso en Lima por Antonio Ricardo. Año 1598. A costa de Pedro Fernández de Valenzuela.
- PIZARRO, Pedro. [1571] 1978. *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. PUCP. Lima.
- RUIZ DE ARCE, Juan [1543]. «Adverencias de ... a sus sucesores»: Col. Austral 168, Buenos Aires.
- STIGLICH, Germán. 1918. *Diccionario Geográfico Peruano y almanaque de «La Crónica»* para 1918. Casa Editora N. Moral. Pando N 758.
- TITO CUSI YUPANQUI, Diego de Castro. 1916 [1570]. *Relación de la conquista del Perú y hechos del inca Manco II*. Colección Urteaga - Romero. Lima.
- ZÁRATE, Agustín de 1947 [1555]. *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú*. BAE Madrid.